

# EL AGUA EN LA LITERATURA GRECOLATINA

**Ramón Teja Casuso**  
Catedrático de Historia Antigua  
Universidad de Cantabria

Las tres primeras palabras que se nos han conservado de la obra poética de Píndaro son estas: “*lo mejor, el agua*”. Se trata de la primera oda Olímpica dedicada a ensalzar al tirano Hierón de Siracusa por su victoria en la carrera ecuestre de la Olimpiada del 467 a.C. con su famoso caballo Ferenico, “*portador de la victoria*”.

“Lo mejor, el agua”, pero me preguntareis qué relación podía tener el agua con una victoria ecuestre en Olimpia. La explicación es poética. Píndaro comienza su canto realzando la excelencia de una victoria en Olimpia respecto a la victoria en otros juegos y para ello ofrece una triple comparación: con el agua, el más importante de los elementos; con el oro, que sobresale entre las riquezas, y con el sol, que resalta entre los astros:

*“Lo mejor el agua. Y el oro como fuego incandescente se destaca de noche sobre la soberbia riqueza. Mas si es cantar unos juegos lo que anhelas, no busques ya de día con tu mirada por el cielo desierto un astro esplendoroso más ardiente que sol, y no podremos hablar de certamen más ilustre que el de Olimpia” (Olímpica I,1).*

Con seguridad, no es posible expresar con menos palabras la estima que los griegos sentían por el agua, fuente de riqueza sólo comparable con el oro y el sol. Las palabras de Píndaro, uno de los más grandes poetas de Grecia, fueron recogidas y evocadas casi un siglo después por Platón, el más grande de los filósofos:

*“Efectivamente, Eutidemo; lo que es escaso, es precioso. El agua, en cambio, no cuesta nada, a pesar de ser lo mejor, como dice Píndaro” (Eutidemo 304 b).*

De hecho, en toda la literatura griega y latina aparece y reaparece una y otra vez el elogio del agua. Como ha escrito una arqueóloga del agua en el Mundo Antiguo, “muchas de las creaciones literarias o poéticas en que el agua y sus características se revelan a través de símbolos o imágenes, estaban tan arraigadas en la lengua griega y en sus contextos que muchas veces sólo pueden ser traducidas a otras lenguas de un modo aproximativo o citadas aisladamente”<sup>1</sup>.

“En el principio era el agua”. Griegos y romanos formularon y desarrollaron esta idea con los instrumentos intelectuales que les eran más propios: el razonamiento filosófico o el mito. La filosofía naturalista jónica intentó superar la mitología planteándose uno de los elementos o el conjunto de ellos como el principio del Ser. Aristóteles dice que “Tales de Mileto, el fundador de esta filosofía, sostenía que el agua es el Principio y por este motivo explicaba también que la tierra estaba puesta sobre el agua; él llegó a formular esta idea, continúa diciendo Aristóteles, porque había advertido que el alimento de todo es fluido y el

---

<sup>1</sup> Renata Tölle – Kastenbein, Antike Waner Kultur, ed. Italian, p.16.

calor mismo surge y extrae su energía vital de este elemento, es decir, del que es generado y es principio de todo” (*Metafísica* 983 b).

Frente al pensamiento racional de los griegos, los romanos recurrieron al mito para explicar los orígenes de su ciudad. Así como para los judíos Moisés había sido “salvado *de* las aguas”, para los romanos Rómulo había sido “salvado *por* las aguas”. La leyenda de Rómulo establece un vínculo milagroso entre Roma y el agua dulce. Es sabido que Procas, rey de Alba Longa, tuvo dos hijos, Amulio y Numitor. El primero destronó a su hermano y mandó arrojar al Tíber a los dos gemelos que acababa de dar a luz su sobrina Rea Silvia. Según cuenta Tito Livio (1, 4), por un azar divino el río experimentaba una gran crecida extendiéndose sus aguas por las llanuras que rodeaban sus orillas. Por ello los esclavos que debían cumplir la orden depositaron la cuna con los niños en un agua estancada y, al decrecer el río, quedó varada junto a una higuera. Apareció una loba que los dio de mamar hasta que los encontró un pastor que se encargó de su cría. Ya adultos, Rómulo y Remo dieron muerte a Amulio y devolvieron el trono de Alba a su abuelo Numitor. En el lugar en que habían sido salvados por el río decidieron levantar una ciudad, Roma.

Desde sus orígenes, Roma y el río han sido inseparables. Los romanos, un pueblo de campesinos, de tierra adentro, reacios al mar y a la navegación mantuvieron, sin embargo, una relación privilegiada con el agua, con el agua dulce, la de los ríos, lagos y manantiales, la que brota del suelo y lo fertiliza, la que da vida y bienestar, la que endurece el cuerpo en invierno y lo tonifica en verano. Seguramente hemos visto todos cómo uno de los espectáculos clásicos que ofrece la TV el día 1 de enero es la de un viejo romano que se zambulle en las aguas del Tíber arrojándose desde la barandilla del puente de Castel Santangelo. No se trata de un chalado esnobista como tantos otros, sino que este hombre intenta mantener una vieja tradición. El 1 de enero de cada año, Séneca, el célebre filósofo y consejero político de Nerón, se daba un baño en las frías aguas de acueducto conocido como *Aqua Virgo*, precisamente las que todavía hoy alimentan la Fontana de Trevi. Lo recuerda el mismo Séneca en sus *Cartas a Lucilio* con nostalgia porque la vejez y sus achaques sólo le permitían ya los baños en agua tibia e incluso éstos estaban por se sustituidos por el agua caliente:

*“Mi edad no desciende, más bien se derrumba... Yo que era tan amante de los baños fríos, que en las calendas de enero saludaba el canal (del Tíber), que inauguraba el año nuevo no sólo leyendo, escribiendo, declamando alguna pieza, sino también zambulléndome en el Agua Virgen, he trasladado mis reales a esta bañera, que, cuando estoy más vigoroso y todo se realiza con buena ley, basta el sol para templarla: no me queda mucho ya para los baños calientes” (Ep. Lucil. 83, 5).*

Con su chapuzón invernal el estoico senador cordobés quería poner de manifiesto cómo el vigor moral y la disciplina a que era sometido el cuerpo podían vencer los elementos naturales. Pero era también el deseo de sumergirse en las más antiguas “fuentes” de Roma, en sus orígenes míticos: cada comienzo del año Séneca, que salía del agua tembloroso y desnudo, evocaba al héroe salvado de las aguas, se transformaba en fundador de Roma.

En realidad, el lugar que Rómulo había escogido para fundar Roma era pantanoso e insalubre, aunque contaba con la ventaja de estar rodeado de dos colinas fácilmente defendibles, el Palatino y el Capitolio, junto al lugar en que el Tíber es más fácilmente vadeable en su curso bajo gracias a la isla Tiberina. Cuando Roma se expandió desde lo alto hasta el pie de las colinas fue preciso sanear esta llanura pantanosa que después se convertiría en el corazón de Roma, el Foro. El saneamiento fue una de las más grandes obras de ingeniería civil de la antigüedad: la Cloaca Máxima, hecha construir por Tarquinio el Soberbio en el siglo V a.C,

recogía todas las aguas desde la Suburra hasta el río. Tito Livio dice que la gran cloaca y el Circo Máximo, iniciado también por Tarquinio, son “dos empresas que difícilmente ha podido igualar nuestra magnificencia moderna” (56, 1). Plinio el Viejo, que también estaba impresionado por lo imponente de la obra, recuerda cinco siglos después anécdotas que se contaban sobre su construcción: la plebe romana trabajaba en la cloaca en jornadas agotadoras; daba la impresión de que la obra no acababa nunca y que lo que se pretendía era tener a la plebe sometida a trabajos de esclavos. Muchos se suicidaron, desesperados de ver la obra un día terminada. Tarquinio mandó crucificar sus cadáveres y exponerlos a la vista de todos. El resultado final fue la gran Cloaca Máxima por cuyo interior podía pasar una carreta de bueyes y cuya boca puede apreciarse todavía en la ribera del Tíber junto al foro boario. Allí cerca se conserva la llamada “Bocca della Verità”, la máscara de una divinidad fluvial que se ha convertido en uno de los símbolos o logotipos de Roma y que en realidad no es sino la tapadera de un imbornal. Quizá la estrecha asociación que siempre ha existido entre Roma y el agua queda reflejado en que dos de los lugares más frecuentados hoy en día por los turistas sean esta “bocca della verità” y la Fontana de Trevi.

Cicerón alude a Roma como “la Roma fangosa de Rómulo” (*A Atico 2, 1, 8*), aunque en otra ocasión refiriéndose al emplazamiento elegido por el fundador dice que “el lugar que eligió se mantenía salubre en medio de una región malsana (*República 2, 6, 11*). Ovidio evoca en sus *Fastos* la fundación de Roma con la imagen de una mujer que desciende descalza hacia el foro, como en los tiempos en que crecían los juncos y las cañas, porque le habían dicho que era “una ciénaga impracticable con los pies calzados” (*Fastos 6, 395-416*). Pero lo que Ovidio intentaba era resaltar el contraste con la Roma de su tiempo, con el foro en pleno esplendor, el Tíber canalizado y saneado. El agua divina que en otro tiempo salvara a Rómulo discurría ahora por toda la ciudad en forma de hermosas fuentes dedicadas a las ninfas. Hacía ya mucho tiempo que el agua, antes salvaje y libre en las montañas donde nace el Aniene que alimenta sus acueductos acataba las decisiones del poder, seguía el trazado de los ingenieros, y servía a los deseos y necesidades del pueblo soberano.

Los 10 acueductos que surtían a Roma alimentaban más de 300 termas públicas, regaban los jardines, abastecían a muchos hogares privados, llenaban las cubas de los tintoreros y bataneros, limpiaba las letrinas y volvía al río por las cloacas. ¿Cuánta agua?. En el siglo II d.C. todas las grandes ciudades del Imperio contaban con uno o varios acueductos. Los cálculos de aprovisionamiento y consumo son aproximados, pues en ningún caso se conoce la población exacta. Se ha calculado un consumo por día y habitante de 540 litros de Pompeya y 1.100 para Roma. Pero las cifras pueden ser muy engañosas por motivos fáciles de comprender. Los romanos solucionaron antes los problemas de aprovisionamiento del agua que los de gestión -y me parece que en España ocurre algo similar-. En el siglo I, durante la dinastía Julio-Claudia, los romanos disponían de una enorme cantidad de agua, pero mal aprovechada y mal distribuida -el barrio del Trastévere experimentaba un sentimiento de gran injusticia-. Realizada la primera gran revolución del agua, Nerva y Trajano se propusieron la segunda gran revolución, la gestión. Trajano construyó el décimo gran acueducto, el *aqua Trajana*, el único que no proviene del Aniene, sino del Norte, del lago Braciano, con una longitud de 57 km y un caudal de 118.000 m<sup>3</sup> al día. El Trastévere conoció el final de sus escaseces. Las aguas de Trajano todavía alimentan en el Janiculo el fontanone, la gran fuente de Paulo V junto a la Academia Española. Pero el gran reto era la gestión y Nerva primero y después Trajano, tras derrocar a Domiciano, encomendaron la tarea a un funcionario íntegro y escrupuloso, Frontino, al que nombraron *curator aquarum* con el fin de definir la estrategia del nuevo régimen en este campo. El informe que elaboró Frontino, *De Aquaeductu urbis Romae*, se nos ha conservado íntegramente y es un documento excepcional que define las medidas técnicas, políticas y administrativas que era

necesario tomar y que podrían servir de modelo a los redactores actuales del Plan Hidrológico Nacional.

El informe de Frontino puso al descubierto el desorden y la corrupción que existía en la administración de las aguas de Roma: descubrir que muchos ribereños de los acueductos desviaban impunemente el agua para usos privados antes de que ésta llegase a Roma; que el personal empleado en aguas era utilizado en labores privadas; que por abandono e incompetencia se mezclaban aguas procedentes de diversos acueductos echando a perder así el agua de mejor calidad, como sucedía con el llamado *Aqua Marcia*: “Hemos descubierto que, incluso la misma Marcia, muy agradable por su frescor y claridad, suministraba su agua a baños, batanes e incluso menesteres indignos de ser mencionados” (91, 4): Los datos oficiales de que se disponía eran inexactos y llegó a descubrir que cada día se perdían en Roma entre las fuentes y la distribución 10.000 *quinariae* (400.000 metros cúbicos) de agua, es decir, dos quintas partes de la aportación global. No podemos detenernos aquí en describir todas las reformas de tipo técnico y administrativo que introdujo Frontino. Me limitaré a reproducir este juicio de T. González Rolán: “Frontino reclama insistentemente la prioridad del bien público sobre el privado, lucha contra la corrupción, falta de profesionalidad, negligencia y ambición de los funcionarios públicos encargados del mantenimiento y conservación de los acueductos. Está convencido de que el éxito de su programa redundará en el engrandecimiento de Roma porque, como él mismo dice, el mantenimiento de los acueductos es el principal testimonio de la grandeza de Roma”<sup>2</sup>. Baste sólo constatar que los sucesores de Trajano sólo tuvieron que continuar la política iniciada por Frontino y que gracias a ello los acueductos romanos construidos entre 312 a.C. y 109 d.C. continuaron en pleno uso hasta que en el 410 fueron cortados por los bárbaros de Alarico que habían puesto sitio a Roma.

Admiramos las obras públicas romanas que han subsistido, pero nos olvidamos de los fracasos, no sólo los promovidos por errores técnicos, sino, las más de las veces, por incompetencias o corrupciones políticas o administrativas. Pero existían, al igual que existen hoy en día. Recordaremos sólo un caso de que nos da detallada información Plinio el joven. En el 112, Plinio el joven, siendo gobernador de Bitinia (Asia Menor), escribía a Trajano:

*“Señor, los habitantes de Nicomedia han gastado 3.318.000 sestercios en la construcción de un acueducto que no sólo ha quedado sin terminar, sino que incluso ha quedado abandonado y en parte demolido. Para un nuevo trazado han tenido que gastar 200.000 sestercios más. También éste ha sido abandonado y se necesitaban nuevos gastos para proveer de agua a gentes que han malgastado sumas tan importantes.*

*He realizado personalmente una visita a una fuente limpiísima que está en condiciones de proveer de agua las conducciones que hay que alargar -continuando los trabajos iniciales- sobre una hilera de arcadas para que el agua no llegue sólo a los barrios bajos de la ciudad. Las arcadas que quedan en pie son muy pocas, algunas pueden ser levantadas aprovechando las piedras escuadradas que se recuperen de la construcción precedente; a mi modo de ver, una parte será realizada en ladrillo pues esta técnica es más fácil y cuesta menos.*

*Pero lo primero de todo es que tú mandes un ingeniero hidráulico (aquilegem) o un arquitecto para que no vuelva a repetirse lo ya que sucedido. Una sola cosa quiero manifestar con firmeza: esta obra, tanto por su utilidad como por su belleza, cuadra perfectamente con los ideales de tu gobierno”.*

---

<sup>2</sup> T. González Rolán, *Frontino, Los acueductos de Roma*, Madrid 1985, pp. XXXV-XXXVI

Trajano respondió a Plinio en estos términos:

*“Hay que hacer lo posible para que el agua llegue a la ciudad de Nicomedia. Estoy convencido de que tú afrontarás esta tarea con el empeño debido. Pero ¡por Baco!, es cometido tuyo también descubrir de quién es la culpa del derroche de tan grandes capitales que ha hecho hasta ahora la ciudad de Nicomedia. No quisiera que hayan comenzado y después abandonado los acueductos por un mutuo juego de intereses. Así pues, hazme saber todo lo que hayas descubierto” (X, 37-38).*

Terminaré recordando el caso de un gran ingeniero hidráulico romano con cuya memoria quiero halagar a los ingenieros hidráulicos actuales aquí reunidos. En época imperial romana, a mediados del siglo II d.C., trabajaba en Numidia, la actual Argelia, Nonio Dato como ingeniero de la Legio III Augusta estacionada en Lambesis. El año 137 fue reclamado a una ciudad cercana en la costa, Saldae (hoy Bajaia), para horadar un monte con el fin de llevar agua a la ciudad mediante un acueducto de 21 km: el túnel previsto tenía una longitud de 482 m. Nonio hizo el proyecto de forma que la excavación se iniciase por las dos bocas. Después volvió a Lambesis. Pero diez años después, cuando el proyecto estaba en fase de realización, fue llamado de nuevo a Saldae. El gobernador de la Provincia, Vario Clemente, escribió al comandante de la legión para pedirle que le enviara de nuevo a su oficial pues todo iba mal en el túnel. De los hechos dejó constancia en una larga inscripción que hizo grabar en las bocas de la galería y que por fortuna se nos ha conservado para gloria del ingeniero. El motivo fue que:

*“la perforación de las dos galerías, en estado ya muy avanzado, se había alargado más de lo que era la anchura de la montaña. Estaba claro que ambas galerías se habían desviado del trazado proyectado... Desde ambos extremos habían equivocado la dirección. Esta había sido fijada mediante estacas clavadas sobre el monte... Yo me puse a distribuir las tareas con detalle de manera que cada uno supiese con exactitud cuál era el trecho del monte que le correspondía. Así pues, organicé una especie de competición entre los marineros y los soldados de las tropas auxiliares galas y éstos se encontraron a mitad de la montaña. De esta forma, yo, que desde el inicio había estudiado los niveles y había establecido las direcciones, tomé medidas para que el trabajo se llevase a cabo de acuerdo con los planos del proyecto que había entregado al procurador Petronio Celer. Así se culminó mi trabajo y cuando el agua comenzó a fluir, el gobernador Vario Clemente inauguró el acueducto (151-152 d.C)” (Dessau 5795).*

Pero el ingeniero Nonio Dato, orgulloso de su obra, hizo grabar sobre el texto de la inscripción tres cabezas femeninas en relieve que simbolizan cada una de las cualidades, que, a su juicio, debía reunir el ingeniero hidráulico:

*Patientia* (constancia)

*Virtus* (habilidad)

*Spes* (confianza).

Creo que todos los ingenieros aquí presentes se sentirán orgullosos de su antepasado romano y no tendrán inconveniente en hacer suyas esta especie de tres virtudes cardinales del buen ingeniero.

Nonio quiso pasar a la posteridad gracias a la construcción de una obra de ingeniería. Esto le diferencia de Frontino que aspiró también a la fama inmortal, pero no por una obra material sino por el recuerdo de una vida intachable, como nos recuerda Plinio el Joven en unas frases que merece la pena reproducir (*Ep*, 9, 19, 1, 6):

**“Los gastos en un monumento funerario son superfluos: nuestro recuerdo perdurará si lo hemos merecido por nuestra conducta”** (*Impensa monumenti supervacua est; memoria nostri durabit, si vita meruimus*).